

LOS DEBUTANTES

ANTONIO PEREIRA



En los tiempos de mi adolescencia villafranquina, hablo de hace cuarenta y más años, nos había dado a los chicos por el raro juego de los cupones de los anuncios, que se franqueaban con 5 céntimos y servían para que unos días después apareciese el cartero con grandes sobres a nuestro nombre: catálogos, las Veinte Curas Vegetales del Abate Hamon, incluso muestras gratuitas de linimentos... Pero una mañana memorable asomó Genaro por el puente del Burbia con su paso voluntarioso y vivaz, y lo que traía para mí era una carta. Una carta verdadera, o sea cerrada, asunto tan serio que si alguien sin ser yo mismo se atreviera a abrirla, el delito le costaría a ese alguien no sé cuántos años de cárcel. Yo la abrí con impaciencia, y leí el primer mensaje personal de los que fuera a recibir en mi da: "Enhorabuena a un valiente como usted que a los trece años se atreve a lanzarse a la palestra del periodismo".

Unas palabras así, no correspondían, obviamente, a cualquier petición de las de "córtese por esta línea de puntos", sino al pliego de cuatro carillas que yo había llenado en parte con unas razones inocentes, pero también audaces: Al Sr. Director de El Diario de León; apartado de correos número 27 si la memoria no me falla en esta distancia de años y de kilómetros...

Ahora debo decir que por entonces había empezado yo a advertir que los periódicos y las imprentas tienen un olor excitante, casi afrodisíaco, como las mujeres. Después he andado de día y de noche por cualquier avenida o callejón del mundo, y nunca me traicionó el instinto para descubrir las residencias inconfundibles de la tinta, confirmadas en la rítmica palpitación de una minerva o por el estruendo de las rotativas. La imprenta y librería de mi padrino Tomás Nieto era de las modestas, pero olía divinamente a papel de octavilla y a tacos para las rifas, y a "La Parroquial Berciana" que salía trabajosa pero puntualmente todos los sábados. Allí llegaban el "Abc", "El Debate", "Heraldo de Madrid"; y EL DIARIO DE LEON que a veces llegaba con un soneto o así en la primera plana, firmado por don Antonio Carvajal Álvarez de Toledo. Don Antonio andaba por las calles de Villafranca con su capa y su barba, y el prestigio indiscutible de su condición excelsa. Yo me atreví a pedirle la recomendación. Fui a su casa de la calle del Agua, mucho silencio hondo, el tic tac del reloj, una escalera empinada hacia las habitaciones de arriba, o sea, lo que he visto en tantas casas de mi

pueblo mucho antes de que se dijese "un dúplex"... El poeta escribió a pluma unas líneas, que secó espolvoreando con una especie de salero, como si no se hubiera inventado el papel secante. Certificada mi solvencia, don Filemón de la Cuesta, que no otro era el destinatario, debió de fiarse y por eso me contestaba.

La cuartilla apaisada y mecanografiada del director leonés -"Enhorabuena a un valiente como usted", etcétera- no puede decirse que fuera incondicional. Al contrario, me animaba a escribir pero sobre todo a estudiar con tesón. Me autorizaba a que le enviase más colaboraciones, pero a reserva de mandar al cesto aquellos papeles que menester fuese. (Luego habré visto en EL DIARIO unos miles de folios míos, los que se me ocurrieron...). Y por supuesto, desestimaba mi demanda más apremiante: la de que "si fuese aceptado el adjunto artículo se me remita a vuelta de correo el carnet de periodista". Con todo, un asomo de ironía y ternura, pero esto lo entendí más tarde, suavizaba la negativa: "Ya ve usted, yo llevo bastantes años en el periodismo, dirijo un diario y nadie me ha dado nunca carnet de ninguna clase".

Así empezó todo. Pensarán ustedes que es excesivo, lo de todo. Pero cuanto ha configurado el nervio central de mi historia de hombre está allí. Mi verdadera vocación, la actividad que más me ha consolado en la vida, arranca de aquella carta fundamental, y el resto de mis oficios y vicisitudes no serían más que posdatas... Por eso no es extraño que la parsimonia de mis andares me siga llevando de vez en cuando a ese olor vecino a la catedral, a la querencia de la casa matriz y amiga donde tantas cosas han podido cambiar. Donde todo sigue lo mismo. Porque si las imprentas ya no huelen exactamente a plomo y a rodillos de tinta espesa, ningún aire ha podido barrer el indicio de las máquinas por las que un hombre reparte su pensamiento a los demás hombres. A los lectores de la tarde lenta y malva de entonces. Ahora, a los de cada mañana presurosa.